

AGUA, ACEITE, SAL Y VINAGRE



Ya tenemos la casa en pie y a los miembros de la familia que la construyó cobijados sobre su techo. Ahora vamos a ver como se desenvolvía la existencia de esta familia en una casa aislada en mitad del campo.

Para el ejemplo da lo mismo que imaginemos la casa o cortijo en lo alto de un cerro, en mitad de una rellana o recostado en un pecho, porque sea cual sea su emplazamiento, el género de vida que voy a describir era esencialmente igual en todas ellas. Lo único que podía imprimir una variedad más o menos notable en el trabajo y en la actuación de las personas era que la casa en cuestión se encontrase emplazada en una finca totalmente de secano, o en una finca que contase con algo de riego, ya fuese de manantial o de pozo propio con noria.

Los habitantes de los cortijos que contaban con algo de riego permanente en la finca tenían que ser, además de agricultores y ganaderos al estilo clásico, un poco también hortelanos y arboricultores, lo cual daba a su régimen de vida y trabajo una variante con respecto a sus colegas que no disponían en sus tierras del precioso tesoro del agua.



¡Angustioso problema el del agua en toda la zona del sureste español!

Hoy día, al recorrer la comarca, podemos contemplar multitud de parcelas puestas en regadío gracias a la técnica que ha permitido abrir pozos profundísimos y a la facilidad de disponer de energía para mover potentes bombas, pero hace medio siglo no existían tales pozos, y las únicas manchas de verdura que podían contemplarse, manchas pequeñas y muy claras, debían su existencia a los escasos manantiales o fuentes que afloraban en algunos privilegiados lugares, y a los rudimentarios pozos abiertos en terrenos propicios y equipados con norias de tracción animal. Todo lo demás era secano puro.

que en los años de buena coyuntura, es decir, en los años en que las lluvias eran abundantes y venían a tiempo, daba cosechas impresionantes, pero que en los años malos, que eran los más, solo producían desencanto y miseria para sus moradores.

Pero el problema del agua en estos campos no se reducía solo al agua de riego, sino que abarcaba también el agua para el consumo de las personas y de los animales, que a la postre era mucho más necesaria que el agua de riego.

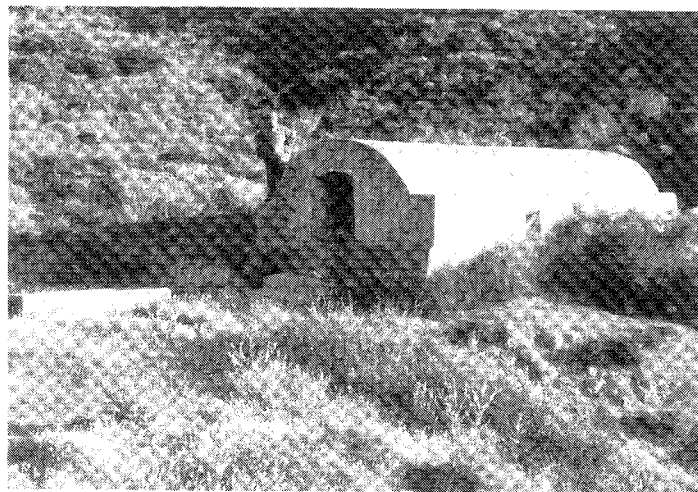
Toda familia que vivía en una finca de secano, sin manantial o fuente cercana, sin pozo y sin aljibe, no tenía más remedio que ir a buscar el agua para el consumo a donde la encontrara más a mano, aunque el punto de abastecimiento distara una legua de la casa.

El transporte del agua en estos cortijos carentes de cualquier tipo de abastecimiento propio era un trabajo de rutina tan necesario como lo era el echar de comer a los animales o encender la lumbre para guisar. Algo tan pesado como una dura penitencia impuesta al pecado de vivir en un mundo propio e independiente, el mundo del terruño.

Muchas veces he pensado, que con el esfuerzo y el tiempo invertido en ese rutinario acarreo de agua en tantos centenares de cortijos secos repartidos por la comarca podrían haberse levantado colosales obras para retener el agua de lluvia; pantanos, por ejemplo, y sin ir más lejos simples aljibes individuales para asegurarse un mínimo consumo y quitarse el martirio del acarreo.

Al analizar este agobiante problema del agua para el consumo doméstico, resulta un tanto chocante el hecho de que por lo menos un setenta y cinco por ciento de estos cortijos de secano carezcan de aljibe propio, careciendo además de pozo y de manantial.

El fenómeno resulta un tanto inexplicable, cuando se piensa que los moradores de estos cortijos



Aljibe en Sierra Almagrera

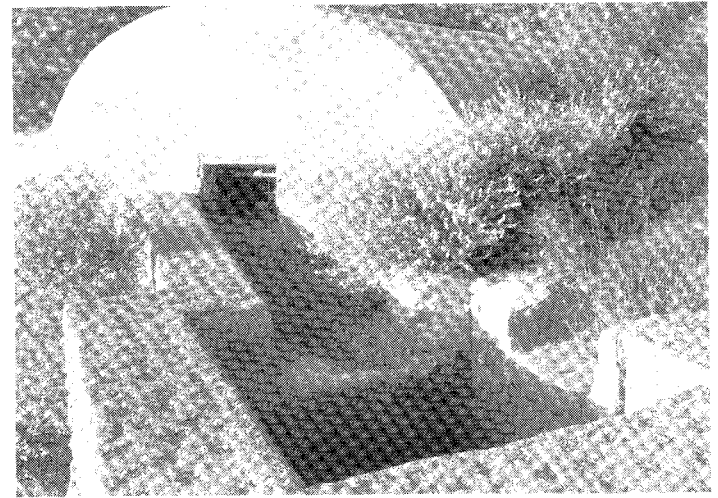
tenían por fuerza que ir a buscar el agua a lugares más o menos lejanos, con la consiguiente pérdida de tiempo y trabajo, sin contar las molestias que deparaba tal acarreo, y que el construir un aljibe a la vera de la casa para recoger el agua de lluvia no era una obra costosa que estuviere fuera de su alcance.

Un aljibe se construía abriendo un hoyo de más o menos capacidad, que podía ser de forma circular o cuadrado, que luego se revestía con muro de piedra y cal y se cerraba con techo de bóveda. En resumen, una construcción sencilla, aunque laboriosa, que estaba al alcance de cualquier familia campesina. Quizás el único inconveniente material fuese el gasto de cal, que era imprescindible en una obra de esta naturaleza, pero este inconveniente que podría explicar la falta de aljibe en determinados casos, por la carencia de medios para adquirir tal material, no lo era en absoluto en la mayoría de los casos. Y no lo era, porque el fabricar cal, como el fabricar yeso, estaba al alcance del más humilde campesino de entonces. Todo se reducía a juntar la piedra caleña

donde la hubiese más a mano, formar el horno y pegarle fuego. Era la operación que normalmente realizaban cuando necesitaban cal para hacer una balsa de riego, a fin de no tener que comprarla en la calera, pero si bien esta operación de fabricarse la cal por medios propios era frecuente en la construcción de balsas para riego, no lo era en cambio tan frecuente para construir aljibes. Así nos encontramos con el hecho sorprendente de que hay muchos cortijos que cuentan con noria y balsa hecha de cal y piedra para almacenar el agua de riego, que por supuesto no era potable, y en cambio esos mismos cortijos carecen de aljibe donde almacenar el agua de beber las personas.

Ciertamente resulta inexplicable esta falta de interés de los campesinos de antaño por construir aljibes, cosa que de hecho venía a representar para sus cortijos algo semejante a lo que hoy representa dar la acometida de agua en una casa de la ciudad. Sin embargo el hecho es evidente, y ahí están los cortijos para demostrarlo. ¿Falta de previsión? ¿Falta de iniciativa? No lo sabemos. Lo que sí se puede asegurar a pies juntillas es que si aquellos esforzados campesinos de secano no construían aljibes en sus cortijos, no era por ahorrarse el trabajo que suponía su construcción, ya que para trabajar como hormigas no tenían la menor pereza, ni eran tacaños en gastar esfuerzo y tiempo en hacer obras que jamás podrían compensar el esfuerzo empleado en ellas. De esta increíble facilidad para derrochar mano de obra y tiempo queda el testimonio vivo de miles y miles de pedrizas levantadas en los cauces de barrancos y correntales, con el solo objeto de mantener unos metros de tierra donde vegeta, como en una jaula, una higuera o un almendro solitario.

Aún en el mejor de los casos, de que todos los años fuesen buenos y que las minúsculas parcelas de tierra sostenidas con pedrizas dieran espléndidas cosechas, nunca podrían amortizar el capital de trabajo invertido en su construcción.



Decantadero del aljibe de Sierra Almagrera

Esta inexplicable desidia por la construcción de aljibes, en una comarca cuya principal característica es la sequedad, imponía a los moradores de estos cortijos la ineludible servidumbre de estar a cada paso portando agua a la casa desde el punto de abastecimiento más cercano, con la consiguiente pérdida de tiempo y de trabajo de una persona mayor y de una bestia de carga, y por supuesto también con un gasto inevitable, ya que aunque no costase nada llenar el agua en el lugar de abastecimiento, que a veces si costaba, la rotura de cántaros era un capítulo presupuestario con el que había que contar forzosamente.

El transporte del agua se hacía siempre en los clásicos cántaros de barro, que tenían una cabida aproximada de quince litros, y que llenos pesaban unos veinte kilos. De aquí la necesidad de que la simple tarea de ir por agua tuviese que hacerla siempre una persona mayor, ya que los niños no tenían fuerza para llevar un cántaro lleno y mucho menos para levantarlos y acomodarlos en las

aguaderas de una bestia. Precisamente en esta operación de subirlos a lo alto de la bestia era donde cascaban la mayoría de los cántaros, que eran frágiles como cáscaras de huevo.

Debido a la forma especial de las aguaderas (nombre del aparejo empleado para el transporte de agua a lomo de bestias) era preciso, a la hora de cargar el cántaro ya lleno, levantarlo a la altura de la cabeza para poder encajarlo en su hueco, de forma que bastaba un ligero desvío en la trayectoria de descenso, para que en lugar de encajar el culo del cántaro en el hueco de la aguadera, se encajara en la panza del cántaro gemelo que ya estaba cargado y se produjera el charco de agua debajo de la bestia. Advirtiendo que estos percances de cascar cántaros a la hora de cargarlos no sólo se producían por fallos del cargador, sino que en muchas ocasiones también se debían a la falta de colaboración de la bestia de turno, que tenía la fatal ocurrencia de mover el cuerpo y variar la posición de la aguadera en el crítico momento de ir a encajar el cántaro en su sitio. También se rompían muchos cántaros en la simple operación de llenarlos y dejarlos apoyados unos con otros, en equilibrio inestable, hasta completar el llenado de los cuatro que constituían la carga de agua. La base de los cántaros era tan reducida que no se podían tener en pie.

Así pues, el consumo de cántaros, como consecuencia de este ir y venir a la fuente de abastecimiento, era un gasto fijo de cierta importancia en la economía de todos los cortijos, y de ellos queda un testimonio patente en la profusión de tuestos que se ven desperdigados en los alrededores de todos ellos.

Para terminar con este eterno problema del agua nuestra de cada día en los cortijos de secano, debo añadir que, aunque la mayoría de las bajas de cántaros se producían en los lugares donde se llenaba el agua, no era precisamente en estos lugares donde

se veían más tuestos, cosa que sería absolutamente normal. No, los cántaros rotos, o simplemente heridos leves, no se abandonaban casi nunca en el lugar del accidente, sino que eran piadosamente retirados al cortijo para ver la forma de restaurarlos, si es que la rotura tenía apaño; pero en todo caso, el culo o base siempre volvía a la casa para rendir su último servicio como bebedero de las gallinas.

Sobre la delicada operación de restaurar los cántaros rotos trataré más adelante en la crónica dedicada al "lañor".

Como posibles fuentes de abastecimiento de agua en los cortijos, se han mencionado las fuentes propiamente dichas o nacimientos de agua viva, los pozos y los aljibes, pero no he mencionado antes otro recurso acuifero de carácter temporal que también se utilizaba en muchos lugares. Me refiero al agua de "Navajo".



*Cantarera de cuatro cántaros
(Antigüedades de Terreros)*

El "Navajo", que no tiene nada que ver con la tribu india americana, es la denominación que se daba a un recipiente natural del agua de lluvia; a una depresión del terreno, más o menos acondicionada para aumentar su capacidad, donde se acumulaba el agua de lluvia y se mantenía durante algún tiempo en virtud de la impermeabilidad del terreno. En resumen, el navajo era un charco grande que proporcionaba una estupenda agua lluvia a los moradores de las casas que se hallaban en sus cercanías (casi todos los navajos eran de uso común, como auténticos charcos) durante una temporada más o menos larga. Todo dependía de la intensidad de consumo del agua estancada.

El inconveniente de los navajos es que, tan pronto se llenaban de agua, se llenaban también de vegetación acuática, de ranas y de gusarapos, y que por estar en campo abierto, eran los abrevaderos fijos de todas las alimañas que poblaban el terreno, incluyendo los perros y los ganados de los cortijos, que mientras los navajos tenían agua no bebían otra.

En el borde de los navajos era muy fácil contemplar la estampa bucólica de una persona llenando cántaros de agua para beber, mientras que a unos pasos más allá bebía plácidamente la misma agua la bestia que había de llevar los cántaros a la casa. Y con un poco de suerte se podía ampliar la escena con hato de ovejas y cabras bebiendo en la orilla opuesta. No obstante, el agua de navajo era un agua buena de lluvia que se prefería a otras aguas menos puras y más gordas.

La única medida profiláctica que solía tomarse con el agua de navajo era colarla a través de un trapo cuando se echaba de los cántaros a la tinaja, pero esto se hacía simplemente para quitarle los gusarapos que no resultaba muy atractivos a la vista.

Y ya tenemos el agua en la casa nueva, que era el elemento esencial de vida que primero entraba

entre sus paredes, aún antes de ser terminadas, puesto que hacía falta para la obra y para beber los que en ellos intervenían. Así pues, el agua no la contaremos entre los elementos básicos del ritual seguido para la inauguración de un cortijo recién acabado y a punto de ser habitado, pero sí debemos contar con la sal, el aceite y el vinagre.

Era tradicional entre la gente del campo de esta comarca que estos tres productos de intenso consumo en la cocina fuesen los primeros que entraran en la casa nueva. Si se preguntaba a las mujeres, que eran las encargadas de cumplir este viejo rito, no sabían por qué lo hacían, simplemente seguían la rutina de la costumbre, pero eso sí, ponían un especial cuidado en no faltar a la ceremonia de llevar a la casa, antes de meter ningún mueble, un papel con sal y las dos botellas conteniendo el aceite y el vinagre.

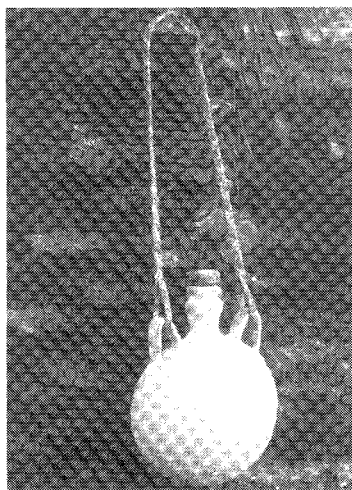


Botijos del Sureste

RECIPIENTES PARA EL AGUA



Camaro



Botijón



Antonio Molina Sánchez enseñando una finaja para el agua